

SANTIAGO MATA, *El hombre que demostró el cristianismo. Ramón Llull* (Madrid: Rialp 2006) 219 pp. ISBN: 84-321-3599-2

Ramon Llull, castellanizado con el nombre de Raimundo Lulio, es uno de los pensadores españoles más destacados a nivel mundial, y desde luego la gran figura del siglo XIII en nuestro país. Este libro, del historiador y periodista vallisoletano Santiago Mata, quiere ser un acercamiento completo a Lulio y a su tiempo, de forma concisa y divulgativa. En el prólogo, Pedro Antonio Urbina indica la actualidad del personaje estudiado, que “da una lección teórica y práctica al hombre de hoy, a muchos de sus problemas y cuestiones” (p. 11), sobre todo en dos líneas principales: la razonabilidad de la fe cristiana y la pasión por el diálogo interreligioso (judaísmo e islam en este caso). De ahí el enfoque que da título al libro: la demostración del cristianismo en unas circunstancias concretas. El autor advierte en la introducción que hay que dar el paso de la apariencia de un hombre de acción que puede darnos el mallorquín, por sus muchos viajes, a la atención a su rico pensamiento religioso.

El primer capítulo indica el marco geográfico e histórico de Lulio: el mar Mediterráneo y la isla de Mallorca en el siglo XIII, haciendo un sucinto resumen de la historia religiosa del lugar, con especial interés en el islam y su expansión en el suelo hispano, el origen de las cruzadas, las herejías, y la reconquista cristiana de Mallorca por Jaime I, tras la cual hay que situar al biografiado. El segundo capítulo ya aborda la vida de Raimundo Lulio, nacido en 1232 ó 1233 en el nuevo asentamiento cristiano mallorquín, en torno a la corte, con su ambiente de caballería y amor galante que dio lugar a una larga tradición de trovadores, y que es donde lo encontramos en su juventud. En 1256 es senescal del príncipe Jaime II, con una buena posición y riqueza, casado y con hijos. En aquel entonces, por otra parte, “la situación de los musulmanes que se quedaron en Mallorca era equiparable a la esclavitud, y ni los cristianos mostraron interés por predicarles el Evangelio, ni tampoco el bautismo hubiera implicado una automática promoción social” (p. 51).

En el capítulo tercero Mata refiere el cambio de vida que tuvo lugar en el protagonista, por una experiencia de encuentro con Cristo que le llevó a proponerse la composición de un libro “contra los errores de los infieles”, además de dejar su vida mundana y aprender árabe. El autor dedica también algo de espacio a comentar la experiencia sobrenatural de Lulio, que puede sorprender al lector actual. Defiende su veracidad señalando, entre otras cosas, que era “tan poco predispuesto a éxtasis místicos que se pasó varios días en cama para ver si se le pasaba esa *anomalía* que le distraía de la lúdica actividad en la que quería concentrarse” (p. 58). Lulio tuvo como consejero a Raimundo de Peñafort, el santo dominico que había impulsado el estudio del islam y el judaísmo en España, con especial hincapié en la filosofía musulmana del tiempo, que resume Santiago Mata.

El capítulo cuarto introduce a las primeras obras de Lulio, como la *Lógica de Algazel*, que partiendo del aristotelismo demuestra la existencia de Dios en términos de lógica o, mejor dicho, “lo que busca Llull es la exactitud y coherencia para hablar de las *propiedades* de Dios: de un ser cuya existencia ya conocemos” (p. 80), y la eternidad divina. Su segunda obra, el *Libro de contemplación*, escrito en forma de oración, trata de muchos temas. Frente a lo que ocurre en el islam, el filósofo mallorquín “rechaza un discurso en que la fe domine al entendimiento sin dejar espacio a la razón” (p. 89), y por ello parte de las verdades que puedan ser admitidas por sus interlocutores. Así hace, por ejemplo, para explicar la razonabilidad de la Trinidad y de la Encarnación.

El capítulo quinto aborda una época siguiente en la producción intelectual de Lulio, marcada por una experiencia de “ilustración” que tuvo por parte de Dios (una especie de ciencia infusa) para componer el proyecto conocido como “el Arte”, plasmado en varias obras posteriores, y que consiste en un razonamiento correcto, la forma de conocer. Todo esto por el convencimiento de que “la fuerza de la espada no sirve como argumento a favor de la verdad religiosa” (p. 104) y de que es necesaria la discusión racional, darles vueltas a las cosas. Por eso busca las verdades comunes a las religiones, sobre todo en torno a Dios. Mata comenta ahora el importante *Libro del gentil y los tres sabios*, “diálogo interconfesional en cuatro libros, donde tres sabios –un judío, un cristiano y un musulmán– convencen a un pagano primero de la existencia de Dios y de la resurrección (libro primero), y pasan después, por turno de ‘antigüedad’ de su religión, a tratar de probar que están en la verdad” (p. 110).

En el capítulo sexto el autor explica cómo “la idea de proponer su proyecto al Papa y a los príncipes cristianos pasa a primer plano” (p. 116), intentando Lulio llevar a la práctica sus ideas de relaciones interreligiosas. Funda el estudio-monasterio de Miramar, con la participación de los franciscanos, y escribe el *Libro del amigo y del*

amado, meditativo y místico, el *Libro de la Orden de Caballería*, y su importante obra *Blanquerna*, con rasgos autobiográficos y dividida en cuatro libros, según los estilos de vida cristiana, además de otros escritos. Se ve un gran interés en la misión a los musulmanes, que desemboca en los viajes del filósofo a Roma y París, sin lograr el éxito deseado. La etapa siguiente de la vida de Lulio aparece relatada en el capítulo séptimo. Redacta entonces algunas obras más, viaja a Génova, vuelve a Roma, y sólo cosecha fracasos, que incluyen la crisis de Miramar. Por ello decide emprender directamente la evangelización del mundo islámico, pero el miedo y la indecisión lo detienen antes de su partida a África, y cae enfermo.

Continúa la historia en el capítulo octavo, que nos lo presenta embarcándose para ir a Túnez. Mata hace una interesante consideración sobre la realidad de todo lo experimentado por el mallorquín, si se trataba de visiones sobrenaturales o episodios de alteración psiquiátrica, y afirma que, tras lo que vivió y la lucha interna a la que se vio sometido, “no se hizo franciscano, aunque una tradición piadosa supone que fue terciario de esta orden” (p. 174). Ya en Túnez, propone a los sabios musulmanes que le expliquen su religión e intenten convencerlo, y es denunciado y desterrado, y así llega a Nápoles, donde sigue escribiendo multitud de libros, entre los que sobresale la *Tabla general*.

El capítulo noveno habla de sus viajes posteriores por las cortes europeas y del contenido de su *Ars compendiosa*, en la que avanza en su sistema lógico. Vuelve a África, desembarcando en Bugía en 1307, allí discute con el muftí y es encarcelado, pero luego lo envían a Pisa, desde donde vuelve a intentar convencer al papa Clemente V y al rey francés Felipe IV de que organicen una cruzada. El capítulo décimo narra la actividad de Lulio en sus años finales, en los que sigue razonando la fe, en un tiempo convulso: “el éxito intelectual de Llull coincide con la ruina de la única orden religioso-militar que aún tenía la mirada puesta en Tierra Santa” (p. 208), con la condena a los templarios. Eleva algunas peticiones al concilio de Vienne, que son atendidas, y un tiempo después vuelve a Túnez. Desde allí habría ido “una vez más a Bugía, donde fue apedreado por la multitud airada. Con apenas un aliento de vida habría sido recogido por comerciantes genoveses, que lo trasladaron a Mallorca. Pudo haber muerto durante la travesía –según la tradición– o más posiblemente ya en la isla, en todo caso, antes de marzo de 1316... con casi 84 años” (p. 218).

Constituye un libro bastante completo sobre Raimundo Lulio, ya que abarca todos los aspectos de su vida y obra de forma resumida, así como referencias a la historia, pensamiento y política de la época. Quizás por esto en muchos momentos se hace difícil de leer, ya que contiene muchas digresiones con las que Mata pretende informar al lector, tanto de aspectos del tiempo estudiado como de las enrevesa-

das cuestiones de lógica que forman el *Arte* del filósofo mallorquín. Teniendo una pretensión divulgativa, hay partes del libro que entrañan una gran complicación para el profano. No obstante, hay que agradecer al autor el enorme esfuerzo de síntesis, que tiene detrás un arduo tiempo de estudio y documentación. No habría venido mal una breve selección bibliográfica.

Luis Santamaría del Río

JUAN CHAPA (ed.), *50 preguntas sobre Jesús* (Madrid: Rialp 2006) 170 pp. ISBN: 84-321-3595-X

En estos últimos años, y como consecuencia del ambiente cultural que se ha creado de sospecha en torno a la figura de Cristo y a la presentación que de él hace la Iglesia –con todo lo que ha supuesto el éxito de *El Código Da Vinci* de Dan Brown y otra literatura similar– se han publicado diversos libros de carácter divulgativo sobre el Jesús histórico. Con mayor o menor tono apologético, sus autores pretenden mostrar los datos que la historia y la Escritura nos dan sobre este personaje, central en la historia de la humanidad y fundamento del cristianismo. Aquí podemos situar este libro, editado por Juan Chapa, profesor de materias bíblicas en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Con él son seis los docentes del departamento de Sagrada Escritura de este centro académico los colaboradores de la obra (además de Chapa: Francisco Varo, Gonzalo Aranda, Vicente Balaguer, Santiago Ausín y José Luis Caballero).

El editor resume así su propósito en la presentación: “creyentes y no creyentes, cristianos que buscan afianzar su fe y cazadores de excusas para ridiculizar la religión, gentes que necesitan datos verificables para acercarse a la verdad y personas a las que les asaltan las dudas no han dejado de buscar información sobre la existencia y la personalidad de Jesús de Nazaret: ¿existió?, ¿se sabe con certeza algo de lo que hizo o dijo?, ¿son fiables los evangelios y los escritos cristianos para conocer la realidad?, ¿se han conservado informaciones auténticas acerca de Jesús en textos no cristianos?, ¿es posible contrastar en fuentes literarias antiguas –independientes de las fuentes cristianas– la verosimilitud de lo que dicen los evangelios?, ¿son los textos cristianos obras tendenciosas que sólo ofrecen la versión prepotente de quienes lograron imponer sus ideas por la fuerza?” (pp. 9-10). Alude seguidamente al renovado interés del gran público en estas cuestiones tras los nuevos hallazgos arqueológicos (hallazgos que “en ocasiones no han sido tales sino refinadas falsificaciones”, p. 10) y con el sensacionalismo de las nuevas teorías vulgares sobre Jesús, que han tenido un gran éxito. De ahí que se haya creado “un

ambiente de desconfianza y de sospecha hacia la tradición recibida que no hace justicia al pasado. La línea entre la ficción y la realidad se difumina y se generalizan las afirmaciones que nada tienen que ver con la verdad histórica” (p. 11).

Chapa presenta el volumen como un material de apoyo y de síntesis en clave divulgativa, no para especialistas. Ya en las primeras páginas se afirma que “de Jesús de Nazaret tenemos más y mejor información que de la mayoría de los personajes de su tiempo” (p. 13). Los cincuenta temas que se tratan están presentados por orden, comenzando por cuestiones introductorias y de historiografía, y siguiendo por el transcurso de la vida de Jesucristo, trayendo a colación los temas relacionados: la sociedad y la religión judía en su tiempo, María Magdalena y otras figuras de los textos evangélicos, todo lo relativo al Santo Grial, etc. Especialmente interesantes resultan las cuestiones 39-47, dedicadas a los evangelios apócrifos y a la consideración del origen de la canonicidad de unos libros y no de otros, y la síntesis fundamental de alguno de ellos. Como señala Balaguer, haciendo una comparación con otras obras, “los especialistas coinciden en afirmar que los evangelios son los textos que mejor conocemos de la antigüedad” (p. 137). Además de explicar los evangelios apócrifos de Felipe y María, aparece una descripción del recientemente publicado *Evangelio de Judas*.

También se describen los descubrimientos arqueológicos tan importantes de Nag Hammadi y Qumrán con sendas preguntas. El libro concluye con tres cuestiones que, sin bien son bastante posteriores a todo lo que se ha tratado, sin embargo son necesarias por su trascendencia en los orígenes del cristianismo. La figura de Constantino, el edicto de Milán y el concilio de Nicea son elementos fundamentales y que hoy también son fuentes de dudas e inquietudes, de fantasías y tergiversaciones. Al final se añade una bibliografía selecta, en su mayoría en castellano, que se refiere a los temas tratados en el libro, y se ofrece así la posibilidad de dar un paso más en el conocimiento de dichas cuestiones, pasando de lo divulgativo a un plano de mayor profundización y erudición.

El libro logra su propósito de síntesis y asequibilidad. Trata de forma muy adecuada cada una de las cuestiones que plantea, y puede verse una gran unidad en todo el volumen aunque cuente con la pluma de varios autores. Es de agradecer que a las continuas citas neotestamentarias añada referencias muy concretas a los escritos de los Padres de la Iglesia y, sobre todo, a las fuentes no cristianas, que dotan de mayor credibilidad a lo expuesto, sobre todo en los niveles del diálogo con la cultura extraeclesial. Puede ser muy aceptado por otras confesiones cristianas, por utilizar fuentes comunes, y apenas referencias del magisterio católico. Sin embargo, en ocasiones, al no entrar en discusiones técnicas que precisarían de una mayor inicia-

ción en estas materias, zanja las cuestiones y ofrece las conclusiones de una manera bastante dogmática o, al menos, con un marcado tono apologético. El libro está más bien escrito para creyentes, por lo que se puede ver en este tono, aunque el resto del contenido bien valdría para cualquier lector que asuma que, para aceptar totalmente a Jesús tal como él se presentó, es necesaria la gracia, “una luz que no desfigura esa realidad, sino que permite captarla con todos sus matices reales, muchos de los cuales escapan a la mirada ordinaria. Es la luz de la fe” (p. 16). Como sugerencia, no habría estado de más dedicar un espacio a aclarar otras cuestiones que son de gran interés, como la hipótesis del Documento Q en la formación de los evangelios, el evangelio de Tomás como un apócrifo peculiar, y un comentario a lo que se sabe actualmente sobre la Síndone de Turín, importante y controvertida reliquia que aparece con mucha frecuencia en la literatura actual.

Luis Santamaría del Río

JOSÉ MARÍA BARRIO MAESTRE, *Antropología del hecho religioso* (Madrid: Rialp 2006) 199 pp. ISBN: 84-321-3582-8

El autor de esta obra, José María Barrio Maestre, es doctor en Filosofía y profesor titular de Antropología Pedagógica en la Universidad Complutense de Madrid, y autor de varios libros y numerosos artículos sobre estas materias. El propósito y el contenido del libro quedan claros ya en las primeras líneas de la presentación: “trata de poner de relieve la influencia positiva que ha tenido la religión en el desarrollo de la civilización humana” (p. 11) partiendo de la fenomenología y la antropología de la religión. Es decir, la importancia del hecho religioso como algo propio del hombre y con una necesaria proyección social y cultural. Un tema de gran interés, sobre todo en unos momentos en los que se pretende parte de muchas instancias relegar la fe al ámbito de las conciencias y a lo privado.

En el primer capítulo muestra de forma panorámica lo que es la religión, su descripción y su sentido. Parte de las preguntas del ser humano sobre la realidad y de las que cuestionan la validez de las creencias, y desde la antropología muestra cómo el hombre vive su vida como constante quehacer, en una dinámica vocacional en la que mucho nos es dado: “nuestra propia existencia, en primer lugar, es una ‘respuesta’ no libre a una *llamada al ser*, llamada que, por el contrario, sí es libre en quien la formula” p. 18). El hecho religioso es, pues, respuesta al don de Dios. Barrio se acerca también a la cuestión del sentido de la vida, el “para qué vivir”, que conduce necesariamente a la trascendencia, y que tiene una especial manifestación

en experiencias como el nacimiento, la conciencia ante la muerte y el deseo de salvación; y aborda el problema del mal como algo ante lo que responde la religión.

En un momento posterior, el autor expone en este capítulo la antropología del hecho religioso más en concreto, partiendo de los presupuestos de que el hombre es un “animal cultural” y de que necesita una adecuada percepción de sí mismo. Si antes la perspectiva se ha tomado de la antropología filosófica, ahora se sitúa en la antropología cultural. Basándose en la definición de cultura, destaca las características de lo religioso: es un hecho universal (“*toda cultura humana* posee una faceta religiosa”, p. 32), conserva y crea cultura, además de influir ésta en la religión. Describe sus rasgos esenciales (relación con Dios, credo, moral y culto), sus variadas manifestaciones, su dimensión transcultural y social, su dimensión intercultural (“conecta, más allá de cada concreta cultura, con la dimensión natural o esencial del hombre”, p. 43), la cuestión de la verdad de la religión y un comentario sobre el tema de la alienación religiosa.

José María Barrio se acerca en el segundo capítulo a la historia de las religiones. Comienza por las tradiciones religiosas de Oriente, que se caracterizan “por sus propuestas morales, por su ritualismo y por su fuerte arraigo nacional. En muchas de ellas se aprecia el sincretismo y la pervivencia de aspectos procedentes de teogonías politeístas” (p. 49). Describe el zoroastrismo, al hinduismo, el budismo y el confucionismo. A continuación estudia los monoteísmos de la familia abrahámica, por este orden: judaísmo, islam y cristianismo, y añade otro apartado sobre la influencia que ha tenido la fe cristiana en la cultura occidental, algo muy importante en una época en la que Occidente (y más en concreto Europa) pretende deshacerse de un pasado y una herencia espiritual irrenunciable.

El tercer capítulo aborda las relaciones entre la fe y la razón, partiendo de la razonabilidad de las creencias religiosas y de la experiencia humana del creer y del fiarse. De esta “fe humana” pasa a la pregunta que la razón se hace sobre la fe religiosa: aunque ésta “se entiende como la respuesta a una iniciativa de Dios y, por tanto, tratándose de una *fe sobrenatural*, no puede ser la conclusión de ningún argumento humano, en muchas ocasiones lleva detrás poderosos impulsos racionales que responden a ciertas inquietudes humanas” (p. 91). Después de esta explicación llega el momento de fundamentar la legitimidad de la teología como saber racional, repasar la interacción de fe y razón, su concreción en el sistema tomista y las peculiaridades intelectuales que tiene el acto de fe. Otro apartado de este capítulo está dedicado a repasar las diversas posturas que se pueden dar ante la existencia de Dios, de forma documentada: teísmo y fideísmo, deísmo y panteísmo, ateísmo y agnosticismo. Barrio tam-

bién hace lo mismo con la experiencia mística, que contempla brevemente en sus vertientes cristiana y sufi.

El autor escribe un epílogo en el que reafirma la pluralidad de percepciones que hay hoy sobre el hecho religioso, y su importancia objetiva. “La autocomprensión del hombre en el mundo le exige tomar postura, de manera explícita o implícita, frente al desafío de lo religioso. Y dada la naturaleza radicalmente social del hombre esta autoposición tiende también a profesarse, a proferirse, a declararse” (pp. 133-134). Barrio se refiere en concreto a la ofensiva laicista que vive en parte Occidente cuando afirma que “el intento de narcotizar el ansia de Dios tiene especial virulencia en Europa occidental, y resulta particularmente hostil al cristianismo” (p. 135), y defiende la presencia pública de lo religioso, que es algo positivo para la sociedad y, sobre todo, necesario para cada ser humano.

El libro trata de manera sintética –y bastante completa a la vez– las principales cuestiones que se plantean ante el hecho religioso, ofreciendo de manera seria y ordenada las razones por las que puede decirse que lo religioso es plenamente humano y da plenitud a lo humano. Desde una perspectiva antropológica cristiana que no esconde, pero que dialoga con la razón humana no confesional, José María Barrio expone un buen elenco de temas interesantes. Un buen vademécum para el hombre actual que quiera conocer el estado de la cuestión sin tener que leer gruesos volúmenes. La utilidad de la obra queda notablemente incrementada al añadir, en forma de apéndices, las intervenciones del filósofo Jürgen Habermas y del teólogo Joseph Ratzinger en un encuentro celebrado en la Academia Católica de Baviera en 2004, sobre los fundamentos morales prepolíticos del Estado liberal, seguidas de algunos comentarios de la prensa alemana e italiana. Algo que ilustra de forma real la reflexión anterior del autor, al mostrar una discusión al más alto nivel intelectual entre un exponente de la razón filosófica y un testigo de la racionalidad de la fe cristiana.

Luis Santamaría del Río

JORDI MORERAS, *Migraciones y pluralismo religioso. Elementos para el debate* (Barcelona: Fundació CIDOB 2006) 55 pp. ISSN: 1697-8145

El CIDOB (Centro de Investigación de Relaciones Internacionales y Desarrollo), una fundación barcelonesa dedicada a la política internacional, dedica muchas publicaciones y actividades a estos temas, especialmente en el espacio mediterráneo, y entre los que trata también el hecho religioso. En esta ocasión, dedica el nº 9 de la



serie “Migraciones” de sus documentos al pluralismo religioso como elemento de gran trascendencia en el fenómeno migratorio, de la mano del antropólogo Jordi Moreras, autor de otros estudios sobre la presencia islámica en Cataluña. A pesar de su brevedad, merece un comentario detallado, por lo actual de su contenido. Comienza su estudio constatando la reciente importancia que se ha otorgado al factor religioso en el estudio teórico y la respuesta política a la realidad de la inmigración en España: “ya han aparecido las primeras publicaciones y líneas de investigación, que inauguran un nuevo sujeto de atención científica que, no obstante, requiere ser consolidado” (p. 5). La inmigración ha traído consigo a nuestro país una nueva situación de diversificación de cultos que coincide en las mismas coordenadas con la secularización de la sociedad. El autor pretende contemplar esto cualitativamente y dar pistas para su gestión pública, sobre todo a nivel local.

En el primer apartado expone sus presupuestos, metodológico (“relacionar el contenido de los debates que las ciencias sociales llevan a cabo en el ámbito internacional respecto al hecho religioso plural con el contexto de la realidad religiosa en Cataluña”, p. 9) y epistemológico (“pensar la religión de una manera no religiosa”, p. 10). También indica la perspectiva global que debe tenerse, y la consideración de los espacios, que son desterritorializados. El segundo apartado está dedicado a una consideración teórica del pluralismo religioso, y el debate que ha suscitado entre los académicos. Hace una adecuada revisión de las tesis de la secularización, que “no avanza conforme la gente deje de ir al templo de su congregación religiosa, sino a través de procesos de diferenciación y emancipación de las esferas seculares respecto a las instituciones religiosas” (p. 15), según los planteamientos actuales de la transformación de lo religioso hacia una desinstitucionalización y sincretismo. Defiende un pluralismo objetivo que no sea obligatorio, sino que garantice la posibilidad de ser diferentes.

El tercer apartado continúa la reflexión sobre la pluralidad religiosa en el espacio público europeo, con los diversos grados de aceptación social de las prácticas espirituales alternativas a lo mayoritario. Por ejemplo, hay dificultades ante el islam, debidas a la noción de ciudadanía, a la herencia judeocristiana y a la limitación de la presencia pública de la religión. Moreras propugna la integración y no la mera neutralidad, ya que “interesan las aportaciones de las tradiciones religiosas, puesto que también son fuente de moralidad pública y de solidaridad civil, algo de lo que estamos necesitados en nuestras sociedades” (p. 23). En el cuarto apartado quedan expuestas las simplificaciones que efectúa el multiculturalismo, en la línea de permitir compartimentos culturales diferentes ante los que se ejerce la tolerancia. Frente a los conflictos hay que poner la tolerancia y el

reconocimiento social, que no es equivalente a la indiferencia o pasividad, sino un concepto activo.

El quinto apartado se centra en la situación catalana, muy secularizada pero con un peso cultural católico, y con una notable presencia de minorías religiosas (sobre la que se han realizado algunos estudios monográficos). El autor escribe que “el reconocimiento del pluralismo religioso en nuestro país es más formal que real” (p. 31), y critica que la consideración de lo católico como lo único que ha configurado la identidad cultural española se convierta en legitimación de la exclusión de lo diferente. El sexto apartado ya se adentra en el fenómeno migratorio: no se da un simple trasplante, sino una implantación plural, ya que los factores de la vivencia de la religión “adquieren nuevos significados a través de su reproducción en el contexto migratorio” (p. 36). Es muy interesante la observación que hace de que “en una sociedad donde las observancias religiosas parecen haber emigrado hacia la esfera íntima y familiar, las expresiones más visibles de un culto minoritario acaban adquiriendo una relevancia social que parece no tener la tradición religiosa principal” (p. 39). Esta nueva visibilidad es patente en nuestro país con algunas expresiones como la islámica o la neopentecostal, por poner dos ejemplos protagonizados en su mayoría por población inmigrada.

En el séptimo apartado Moreras aborda cómo se está llevando a cabo la gestión de la presencia musulmana en Europa a nivel local, en sus diversos estratos: la asunción del pluralismo religioso, la inserción de los grupos en la realidad local, y la aceptación efectiva en la política municipal. Frente a un islam en proceso de institucionalización, los Estados han reaccionado de forma diversa, y “la presencia de comunidades musulmanas en territorio europeo se convierte en un objeto de creciente atención política” (p. 43). El debate actual sobre la presencia pública de lo religioso es el contenido del octavo apartado, que defiende la laicidad “como forma de pensar la manera en que lo religioso tiene cabida en el marco social” (p. 45). Por ello “a las personas de origen inmigrante hay que integrarlas por lo social, no por su excepcionalidad cultural o religiosa” (p. 47). En la conclusión a su estudio, el autor señala que en Europa “la tradición religiosa judeocristiana convertida en memoria histórica y cultural, así como en conjunto de valores, se siente amenazada ante la presencia y asentamiento de personas que profesan la fe que se identifica con su principal alteridad religiosa histórica, el islam” (pp. 49-50).

Constituye un acercamiento documentado y respetuoso al fenómeno religioso en el campo de la antropología y la sociología. Estudios como éste demuestran la importancia del cambio que está experimentando nuestro mapa de creencias en los últimos tiempos. Claro que hay posiciones del autor –comprensibles en la perspectiva que toma– discutibles, como, por ejemplo, la consideración negativa

de la ortodoxia a favor de un pluralismo y pretendida tolerancia que incluso amparen el sincretismo. A su favor, sin embargo, está la voluntad de normalizar lo religioso en general, como elemento cultural de primera magnitud y con visibilidad social, y en particular en el colectivo inmigrante y su inserción plena, con su bagaje espiritual, en las sociedades de acogida.

Luis Santamaría del Río

CHRISTOPHER PARTRIDGE (ed.), *Dictionary of Contemporary Religion in the Western World. Exploring Living Faiths in Postmodern Contexts* (Leicester: InterVarsity Press 2002) X + 390 pp. ISBN: 0-8308-1436-1

“Durante el siglo pasado, sobre todo en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el panorama religioso ha cambiado drásticamente” (p. 1). Así comienza la introducción de esta obra su editor, Christopher Partridge, autor prolífico sobre la religiosidad actual y profesor sobre estas materias en la Universidad de Chester, para explicar la motivación que tiene al publicar otro libro más de referencia sobre el hecho religioso en el mundo contemporáneo. La pluralidad de creencias es un hecho constatable, ante el que nadie permanece indiferente: es percibida por unos como una amenaza, mientras que otros le dan la bienvenida. Por un lado, lo religioso institucional vive una crisis generalizada en Occidente, pero a la vez surgen nuevos grupos y nuevas espiritualidades (teniendo en cuenta, sin embargo, que si nuestra mirada es global hemos de reconocer que “el cristianismo no ha declinado *per se*, sino que más bien su centro de gravedad se ha desplazado al hemisferio sur”, p. 2). Nueva Era, fundamentalismos, diálogo interreligioso... son fenómenos actuales que quieren contemplarse de forma académica en un diccionario que se fija sobre todo en las cuestiones más recientes del fenómeno religioso, pero sin olvidar su trasfondo histórico. Lo mismo ocurre con lo geográfico, ya que se centra en Occidente sin olvidar la importancia de otros lugares en la configuración espiritual del presente.

El libro cuenta con un amplio elenco de colaboradores, 61, la mayoría del mundo universitario, y según el editor, “aunque todos los autores de este volumen son cristianos practicantes (de hecho, la editorial es una destacada casa protestante), se han hecho todos los esfuerzos para asegurar que las discusiones sean descriptivas en la medida de lo posible [...], ha habido un esfuerzo determinado de evitar los juicios de valor y, no hace falta decirlo, las distorsiones” (p. 4). La meta es lograr una obra de referencia que consiste en una panorámica fenomenológica.

Está dividido en dos partes. La primera está dedicada a cuestiones introductorias y más generales. Aborda diversos conceptos ordenados alfabéticamente: blasfemia, actitud cristiana ante las otras religiones (y viceversa), misión y evangelismo, fundamentalismos, diálogo interreligioso, milenarismo, mística, peregrinaciones, experiencia religiosa, secularización, y la religión en relación con otras disciplinas y temáticas (arte, educación, medio ambiente, ética, feminismo, globalización, derechos humanos, medios de comunicación, filosofía, política, opresión y pobreza, psicología, ciencia, sexualidad, sociología, tecnología, cultura juvenil), además de otros artículos, breves síntesis del tema al que se acerca cada autor.

La segunda parte aborda ya, en concreto, las diversas religiones y tradiciones espirituales que consideran de importancia en el mundo actual, empleando un concepto de “religión” bastante amplio, como podrá verse. Así, nos encontramos, por este orden, a las religiones aborígenes de Oceanía, las religiones tradicionales africanas, la astrología, el ateísmo, la Fe Baha’i, el budismo (en sus escuelas Mahayana, Nichiren, Theravada, Tibetano y Zen), el “culto de las celebridades” (un original acercamiento a la idolatría moderna tributada a los famosos), la espiritualidad celta, el cristianismo (ortodoxo, evangélico, pentecostal, protestante y católico – lo que muestra la orientación de los autores del libro, que diferencian su identidad evangélica de lo entendido tradicionalmente por protestante), la Ciencia Cristiana, el mormonismo, la Cienciología, el comunismo y marxismo, el confucianismo, el daoísmo, el esoterismo, el hinduismo (tántrico, Vaishnava y yoga), los movimientos del potencial humano, la “religión implícita”, el islam (chií, sunní y sufí), el jainismo, los testigos de Jehová, el judaísmo (hasídico, cabalístico, ortodoxo y reformista), el espiritismo latinoamericano (que incluye los cultos sincréticos afroamericanos), las artes marciales, las religiones nativas norteamericanas, la Nueva Era, los nuevos movimientos religiosos (que repasa según la gran tradición religiosa o el emplazamiento geográfico de los que surgen), el paganismo, la parapsicología, la espiritualidad psicodélica, el rastafarismo, el satanismo, el adventismo, el chamanismo, el sintoísmo, la religión sij, el espiritismo, la psicología transpersonal, la religiosidad ufológica, la Iglesia de la Unificación (“secta Moon”) y el zoroastrismo.

El juicio global de la obra es positivo, por la amplitud del campo que estudia y que muestra. Se trata de una buena panorámica del fenómeno religioso en la actualidad, entendido en sentido lato, ya que, como hemos podido ver en la segunda parte, se abordan multitud de fenómenos que podríamos considerar parareligiosos, pero que de hecho forman parte de la metamorfosis que lo espiritual ha sufrido en la época contemporánea. El tratamiento de cada tema y de cada grupo es necesariamente breve, y las síntesis son correctas. Algunos aciertos concretos pueden verse a la hora de la clasi-

ficación, que concuerda con la óptica cristiana de los autores, pues delimita bien, por ejemplo, qué puede considerarse cristiano y qué no, dejando fuera algunos movimientos que se autodenominan así pero cuya identidad dista de situarlos en la fe de Jesucristo. El libro logra mostrar cómo está “lo religioso” hoy, y lo hace de forma seria y divulgativa.

Luis Santamaría del Río

VELI-MATTI KÄRKKÄINEN, *An Introduction to the Theology of Religions. Biblical, Historical and Contemporary Perspectives* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press 2003) 372 pp. ISBN: 0-8308-2572-X

Veli-Matti Kärkkäinen, profesor de Teología sistemática en el Seminario Teológico Fuller (Pasadena, California), y autor de varios manuales (de eclesiología, pneumatología y cristología), entre otros escritos, presenta en esta obra una revisión de la teología cristiana de las religiones, con el siguiente esquema: Escritura, desarrollo histórico, respuestas actuales de las Iglesias e interpretaciones de los teólogos.

En la introducción contextualiza la teología de las religiones en el panorama teológico general, urgido a este tratado concreto por la situación actual de pluralismo religioso: “la teología cristiana de las religiones pretende pensar teológicamente sobre lo que significa para los cristianos vivir con gente de otros credos y sobre la relación del cristianismo con las otras religiones” (p. 20). Rechaza el intento de una teología global que trascendiera las particularidades de cada confesión, y señala por encima diversas tipologías, afirmando la importancia del cristocentrismo en la teología actual, aunque con un lento desplazamiento hacia posturas pluralistas. El espacio para este tratado teológico es la tensión entre dos afirmaciones fundamentales: la voluntad salvífica universal de Dios, y la única mediación de Jesucristo.

La primera parte, como ya se ha dicho, contiene la perspectiva bíblica de la cuestión (caps. 1-4). Tras un breve apartado introductorio, trata en sendos capítulos el AT y el NT, y en otro sintetiza la postura de la Escritura ante las otras religiones. Según el autor, “aunque es cierto que en general la Biblia ofrece un juicio negativo bastante consistente de las otras religiones, y en consecuencia parece apoyar una actitud exclusiva, una serie de pasajes bíblicos apunta al valor relativo de las religiones y al poder de Dios para transformar las religiones y culturas para que reconozcan la verdad” (pp. 34-35). Por la diversidad de enfoques, que van desde el particularismo judío o

cristiano hasta el universalismo del Dios bíblico, es difícil hablar de un punto de vista escriturístico unitario en relación con las religiones no cristianas.

La segunda parte (caps. 5-10) presenta el desarrollo histórico de la conciencia cristiana sobre las otras religiones. Parte de la época patristica, en la que constata una apertura limitada, ya que nos encontramos con algunos Padres con una consideración positiva de los otros creyentes, y otros más exclusivistas. Repasa, entre los primeros, a Justino, Ireneo, Orígenes y Clemente de Alejandría. Por otro lado, aborda las posturas más restrictivas, fijándose sobre todo en Agustín y su herencia, tanto católica como protestante, y se acerca brevemente a la explicación teológica actual del axioma *extra ecclesiam nulla salus*, además de citar algunos acercamientos positivos al tema en el Medioevo y la Edad Moderna. El paso siguiente es la Ilustración y el Liberalismo. El autor llega a decir sobre la primera que “para trazar la pauta principal del desarrollo histórico de la teología cristiana de las religiones, ningún otro período de tiempo ha traído consigo un cambio tan radical” (p. 90), y destaca, entre otros autores, a Troeltsch y Toynbee. Para terminar este repaso, Kärkkäinen expone la teología del cumplimiento en sus versiones protestantes y católicas. Así, y con un balance general final, se dejan las bases para la parte siguiente.

La tercera parte del libro (caps. 11-16) está dedicada a los “acercamientos eclesiales” al pluralismo religioso, a las posturas de las Iglesias cristianas ante las otras religiones, basándose en sus propios documentos, y dejando a un lado de momento los teólogos respectivos. Comienza con la postura católica, que analiza con gran acierto partiendo del Concilio Vaticano II y el cambio supuesto, sobre todo, por *Nostra Aetate* y *Ad Gentes*, además de *Gaudium et Spes* y *Lumen Gentium*, para observar las cuestiones de la salvación de los no cristianos y el papel de las otras religiones según el magisterio, también posconciliar (*Evangelii Nuntiandi*, *Redemptoris Missio* y *Diálogo y anuncio*). Se echa de menos, sin embargo, la referencia a la declaración *Dominus Iesus*, publicada tres años antes que el libro.

En el capítulo siguiente, mucho más breve, se acerca el autor a la posición de la Iglesia anglicana, que ha sido marcada en las Conferencias de Lambeth desde 1897. A continuación es el turno de las Iglesias luteranas, reformadas y metodistas, que tienen diversidad de puntos de vista, pero se van abriendo progresivamente al diálogo interreligioso (tema más tratado, por lo que se ve, que una estricta teología de las religiones). Después vienen las reacciones al pluralismo religioso por parte de las “Iglesias libres” (congregacionalistas y herederas de la Reforma radical: menonitas y anabaptistas, bautistas, pentecostales y carismáticos), que, a pesar de sus serias reser-

vas y su tendencia generalizada al exclusivismo, también mantienen una apertura progresiva que hace posible el diálogo.

La siguiente sección confesional estudiada es el evangelismo, que si bien se solapa en muchos de sus componentes con el grupo anterior, tiene sus peculiaridades doctrinales, que en este tema en concreto se han plasmado en tres documentos que repasa Kärkkäinen y que, siendo esencialmente eclesiocéntricos (en su concepción protestante, claro), con el tiempo se abren a un sano inclusivismo, aunque con discusión entre autores, grupos y corrientes. Por último, el capítulo final de esta parte constituye un interesante repaso de cómo se ha afrontado el pluralismo religioso en el movimiento ecuménico, fijándose en el Consejo Mundial de Iglesias y la comisión Fe y Constitución, además de las conferencias misioneras, y afirmando que “claramente, las afirmaciones más recientes del Consejo Mundial de Iglesias sobre las otras religiones son muy cercanas a la posición oficial de la Iglesia católica” (p. 159). En resumen, por un lado hay posturas cristianas exclusivistas, mientras que la opinión mayoritaria de las Iglesias históricas defiende que “aunque Cristo es la norma teológica como la fuente de salvación, el acceso a la salvación no está limitado sólo a aquellos que confiesan el nombre de Cristo” (p. 160). El teocentrismo está más difundido, en cambio, en los ámbitos académicos.

La cuarta parte (caps. 17-39), dedicada al *status quaestionis* en la teología contemporánea, ocupa la mitad de la obra, al estudiar con una cierta detención a 21 autores. Por ello mi referencia al contenido de estas páginas es necesariamente más superficial. El autor las introduce con un capítulo que pretende orientar en la tipología empleada, que es la triple de eclesiocentrismo-cristocentrismo-teocentrismo (y su derivación la realidad-centrismo), pero vistos en continuidad, como en círculos concéntricos, ya que constata la debilidad del triple modelo, e incluso la ambigüedad al situar correctamente a algunos autores. Comienza con el paradigma eclesiocéntrico, y dedica sendos capítulos a los teólogos protestantes Karl Barth, Hendrik Kraemer y Paul Althaus, todos ellos de comienzos del siglo XX, y en la línea de acentuar la discontinuidad entre las religiones humanas y la fe cristiana, según la más genuina tradición dialéctica. Sin embargo, entre los tres autores hay una cierta progresión en la apertura a reconocer la revelación de Dios fuera del cristianismo (aunque nunca desconectada de él, por supuesto).

El paso siguiente es el estudio del cristocentrismo, que divide en tres grandes grupos: autores católicos, protestantes y evangélicos. De los primeros expone la teoría de los cristianos anónimos de Karl Rahner, la evolución interna del pensamiento de Hans Küng, la posición de Jacques Dupuis (al que Kärkkäinen sitúa adecuadamente aquí debido a su “fundamentación cristológico-trinitaria que,

aunque abierta al valor salvífico de la historia religiosa y de las otras religiones en la economía divina, mantiene a Cristo como el criterio último”, p. 205), y la teología trinitaria de las religiones de Gavin D’Costa, interesante propuesta católica a la que coloca aquí a pesar de que el propio D’Costa se ha desmarcado del inclusivismo.

Después, en el campo protestante el autor señala las aportaciones de Paul Tillich, Wolfhart Pannenberg, Leslie Newbigin y M.M. Thomas. Y, por último, los autores protestantes que enmarca dentro del campo evangélico: sir Norman Anderson, Clarck Pinnock y Amos Yong. El tercer paradigma estudiado, el teocéntrico o pluralista, está encabezado por el teólogo inglés John Hick y su “revolución copernicana” que le lleva progresivamente a una postura radical, Stanley J. Samartha, Raimundo Panikkar y Paul F. Knitter.

Kärkkäinen, una vez expuestos así los tres paradigmas de la teología de las religiones, considera oportuno volver al modelo eclesiocéntrico, esta vez de la mano de algunos destacados autores evangélicos de nuestros días. Los ha separado de los otros tanto por razones pedagógicas como teológicas: mientras que los autores clásicos elaboraron sus planteamientos sin tener en cuenta el paradigma pluralista, los evangélicos contemporáneos “derivan gran parte de su energía teológica de la respuesta al pluralismo” (p. 172). Por ello están situados aquí, al final del repaso a las corrientes teológicas, las propuestas de Millard J. Erickson, Harold Netland y Vinoth Ramachandra.

Hay un último capítulo que pretende ser un repaso crítico a todo este panorama. Revisa los tres modelos de explicación cristiana de las otras religiones, fijándose en cada uno de sus autores, calibrando sus aciertos y señalando sus carencias respectivas. En el epílogo Kärkkäinen hace su valoración del momento presente de la teología de las religiones, y escribe que “aunque el pluralismo no es el único problema de la teología de las religiones, hoy es el más inminente” (p. 354). También le augura a la disciplina un lugar propio en los planes académicos, necesario según él porque actualmente hay formación sobre las peculiaridades de las otras religiones, pero apenas se toca el pensamiento confesional sobre ellas.

El autor ha conseguido la empresa que se proponía, a pesar de su gran complejidad. Lo que convierte a este libro en un espléndido manual de referencia para situarse en este campo de estudio. Es de valorar que haya dejado fuera el tema concreto del ejercicio del diálogo interreligioso y se haya centrado en la teología de las religiones, ofreciendo su fundamentación bíblica, desarrollo histórico y status oficial actual en las Iglesias y, sobre todo, el buen catálogo que hace de corrientes y autores. Está muy documentado y consigue resumir bien la postura de cada autor, sin entrar apenas en valoraciones, a las que dedica de forma sumaria el último capítulo. Constituye, pues,



un buen mapa para situarse en el tema, tanto a la hora de introducirse en él como para, desde el conocimiento, establecer relaciones e intentar una crítica de cada postura.

Luis Santamaría del Río

IDA GLASER, *The Bible and Other Faiths. Christian Responsibility in a World of Religions* (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press 2005) 253 pp. ISBN: 0-8308-3311-0

La destacada editorial evangélica InterVarsity Press ha iniciado una interesante colección (“Christian doctrine in global perspective”), en la que pretende mostrar las cuestiones principales ante las que se encuentra la fe cristiana en nuestro mundo pluralista, desde el punto de vista de teólogos evangélicos reconocidos. En esta ocasión, Ida Glaser, profesora e investigadora especializada en el diálogo islamo-cristiano, se acerca a la teología de las religiones desde la perspectiva bíblica. La base de su trabajo, según la misma autora, es la investigación compartida en varios cursos y seminarios tenidos en Birmingham, la India y varios países de África, y de ahí el carácter intercultural que pretende la colección y cumple este libro.

Está dividido en cuatro partes, y la primera sitúa al lector en el *status quaestionis*. En el capítulo 1 parte de la situación mundial de sufrimiento y pluralismo religioso, para mostrar el interés de su estudio con el siguiente interrogante: “¿cómo deberíamos, como cristianos, vivir en relación con los musulmanes? ¿Qué quiere Dios de nosotros?” (p. 13). La autora se presenta a sí misma y su recorrido interreligioso, ya que para ella la teología “es literalmente una cuestión de vida y muerte y eternidad para millones de personas. Estudio la Biblia porque quiero vivir agradando a Dios, y escribo este libro porque quiero que otros encuentren recursos para vivir para él. Mi teología es parte de mi vida, y mi vida es parte de mi teología” (p. 16). Hace también una precisión sobre su uso de los términos “fe” y “religión”, incluyendo el sentido barthiano.

El capítulo 2 presenta la situación actual de la teología de las religiones, y el estudio de la religión, con la influencia de la mentalidad moderna (idealismo y positivismo) y otros elementos que determinan las ciencias de la religión, que no dejan de ser problemáticas. Glaser las valora positivamente, pero dice que sólo pueden abordar “los aspectos humanos de la religión. Una disciplina académica no tiene las herramientas para observar cualquier aspecto sobrenatural. Puede, por tanto, ser *reduccionista*” (p. 24). Por eso los cristianos tienen que elaborar un pensamiento teológico sobre lo religioso. Señala lo que ha supuesto “trasladar” el evolucionismo a la teología, y

muestra el panorama de la teología cristiana de las religiones (triple paradigma), que habrá de ser juzgado a la luz de la Biblia.

En el capítulo 3 la autora ya se introduce en la Escritura, señalando los diversos temas bíblicos de interés para la teología de las religiones, tanto positivos como negativos, y los acercamientos a los paradigmas, para indicar que es claro que “la Biblia muestra que Dios actúa en todo el mundo durante toda la historia. Aunque en su mayoría es para Israel, su preocupación alcanza a todos los pueblos” (p. 43). Y comenta el método hermenéutico que empleará en el resto del libro.

La segunda parte de la obra aborda el tratamiento de la cuestión en el AT. En el capítulo 4 la autora repasa brevemente las opiniones bíblicas sobre las otras naciones y sus dioses. El capítulo 5 contiene, con más detalle, los temas del Génesis, desde la creación hasta la relación con los otros pueblos y sus religiones. En el capítulo 6 aparece el desarrollo posterior de la idea de pueblo elegido y de la Alianza, y continúa el análisis del Pentateuco en el capítulo siguiente, con un especial hincapié en la relación entre los conceptos de Dios, pueblo, tierra y poder, y sus consecuencias prácticas en la conquista de la tierra de Canaán, con los reyes, en el exilio y en el regreso a Israel.

Termina esta parte con el capítulo 8, donde hace una síntesis de varios lugares veterotestamentarios importantes, tanto en episodios históricos como en las palabras de los profetas y en la reflexión sapiencial. La conclusión de Glaser es que “Dios trata a todas las gentes como seres humanos. Él los hizo, luego es su Señor, lo reconozcan o no. Fueron hechos a su imagen, por lo que son capaces de oírlo y responderle, y hay cosas buenas en sus escritos. Pero también están caídos, por lo que hay cosas erróneas en sus creencias y acciones. Merecen el juicio, pero Dios quiere bendecirlos. Y los bendice a través de su pueblo elegido Israel” (p. 133).

La tercera parte del libro está dedicada al NT, y en el capítulo 9 la autora hace una introducción al contexto social, político y religioso de estos escritos. El capítulo 10 se acerca a las realidades del Reino de Dios predicado por Jesús y del nuevo pueblo que se congrega en su nombre, en continuidad y discontinuidad con el pueblo de Israel, y con la acogida a los gentiles. En el capítulo 11 la autora profundiza en un tema muy concreto, que es la cuestión de los samaritanos como contrapuestos al pueblo judío, y que tienen un lugar especial en los evangelios. La misión a los gentiles, por otro lado, confrontó a Pablo con el paganismo grecorromano del tiempo, lo que aparece expuesto con detalle en el capítulo 12, siguiendo los diferentes pasajes de Hch y las cartas paulinas donde podemos ver esta reacción apostólica.

Para terminar esta parte, el capítulo 13 plantea la cuestión de si es Jesucristo el único camino para la salvación del hombre, cosa que parece clara a la luz del NT, tanto en las palabras de Jesús como en su

muerte redentora en la cruz, o en su conceptualización como Logos por parte de los primeros cristianos. Sobre la cuestión de la salvación de los no cristianos, dice que el NT no responde con un sí o un no, y hay que encomendarlos, como a los cristianos, a la justicia de Dios. Y también aparece el tema fundamental de los judíos en la actual economía salvífica, en el que Glaser alude a la irrevocabilidad de la Alianza sellada con ellos.

La cuarta parte de la obra nos devuelve a la actualidad de la vida del cristiano en un mundo plurirreligioso. El capítulo 14 muestra cómo pueden aplicarse los principios bíblicos a la hora de acercarnos a los otros creyentes, haciendo un curioso ejercicio de comparación que puede tener sus riesgos, pero en el que la autora demuestra una lectura no literal, sino bastante sana, del texto sagrado. En el capítulo 15 Glaser vuelve a preguntarse cuál es la voluntad de Dios con respecto a la praxis cristiana en este campo, y para sugerirla hace un repaso del decálogo y su aplicación para los cristianos que deseen ser fieles a Dios ante las otras tradiciones religiosas. Concluye proponiendo a Jesucristo como modelo para el creyente, por su vida santa tanto entre los paganos como entre sus correligionarios judíos.

Como carencia, en el apartado dedicado al AT extraña que no dedique algo más de espacio a la consideración del pacto con Noé como una alianza cósmica que alcanza a todo el mundo, en continuidad con la creación, que sí es más detallada; o al importante tema de los “santos paganos del AT”, según la expresión de Danielou. El libro nos muestra cómo una corriente muy extendida dentro del evangelismo, que es el nuevo exclusivismo bastante cerrado ante las otras religiones, no es la única postura. Partiendo de una óptica claramente confesional y confesante, Ida Glaser ha sido capaz de hacer un discurso intracristiano en fidelidad a la revelación contenida en la Biblia y con una considerable apertura a los otros creyentes en la vida diaria, basada en el texto inspirado. Con sus limitaciones inevitables, este planteamiento positivo es de agradecer en un campo en el que suelen destacar las posiciones más extremas que o bien rechazan a las otras religiones o bien acaban con el contenido dogmático cristiano.

Luis Santamaría del Río

GABRIEL AMENGUAL, *La religión en tiempos de nihilismo* (Madrid: PPC 2006) 233 pp. ISBN: 84-288-0386-2

“¿Qué ves, vigilante, en la noche?” (p. 5). Así comienza el prólogo a esta obra, que pretende encontrar el modo de vivir la fe cristiana en nuestra sociedad concreta. Cita a los profetas, vigilantes que buscan esta orientación, y la lectura atenta de los signos de los

tiempos. El análisis de la realidad a la luz de la fe “puede que nos ahorre tanto la instalación en el progresismo secularista proveniente de los años sesenta y setenta como la huida sacralista y el cierre fundamentalista. Por eso creo que puede ayudar ver que la teoría de la secularización hoy no explica el presente, nuestra sociedad, ni da razón de él” (p. 6). Lo que da razón del título es la convicción del autor de que el nihilismo es la característica propia de nuestra época. Por ello ya en las primeras páginas afirma lo siguiente: “se ha dicho que el nihilismo, a pesar de que se resume en la afirmación de la muerte de Dios, no es el final de la religión, sino más bien la afirmación del politeísmo y del revivir de la religión” (p. 6).

Gabriel Amengual es sacerdote de la diócesis de Mallorca, doctor en Filosofía y Teología, catedrático de Filosofía en la Universidad de las Islas Baleares y profesor en el Centro de Estudios Teológicos de Mallorca. Dedicado a diversas áreas de la filosofía, destacan especialmente sus obras sobre el pensamiento moderno y la filosofía de la religión. Cabe citar su obra, bastante conocida, *Presencia elusiva*, publicada en la misma colección que la presente. Divide el libro en tres partes bien delimitadas: al análisis del presente le dedica los capítulos 1 y 2, al contenido de la fe en esta situación, del 3 al 5, y por último muestra el interés en la religión tal como ha cristalizado en la filosofía de la religión en España en el capítulo 6.

El capítulo 1 (“La situación espiritual de nuestro tiempo”) se sitúa en la recogida y síntesis de datos, en la descripción general de la cultura. Primero, señala unas coordenadas generales más visibles: individuo (en una situación confusa de atomización, despersonalización y autocentramiento narcisista), sociedad (cuyas características son la desintegración, el sistema y la dualidad), Estado y cultura. Estas cuatro coordenadas plantean, para Amengual, sus respectivos desafíos: “la personalización, la autonomía; la solidaridad y la cohesión social; la justicia y la libertad; y la comunicación (verdad y belleza)” (p. 18). La segunda parte del capítulo aborda algunos rasgos más profundos de la sociedad: el cambio acelerado y continuo, la mentalidad científico-técnica, el pluralismo y la fragmentación, y la secularización. En estas páginas afirma que “la ciencia desplaza con su omnipresencia lo que expresaba, articulaba y vehiculaba el sentido, la religión, y deja un vacío que es incapaz de llenar” (p. 21), y que “la privatización de la fe puede ser el primer paso que, en la práctica, conduce al abandono de la fe, porque la fe no puede basarse solo en las propias convicciones (con el peligro de que sea la propia arbitrariedad): ha de tener referencias y expresiones objetivas, comunitarias, eclesiales” (p. 25). Señala lúcidamente que “a menudo se trata la cuestión religiosa como una cuestión de valores. [...] Cuando lo más propio de la religión no son los valores [...]. Si queremos hacer mención del campo propio de la religión, se ha de hablar de experiencia religiosa, de experiencia de Dios, y si queremos hacer mención

desde la óptica teológica cristiana, hemos de hablar de experiencia teologal: fe, esperanza y caridad” (pp. 33-34). Por ello la Iglesia ha de ser un lugar de apertura al Misterio, hogar que dé sentido, que viva con alegría la fe en Jesús, y con una preferencia obligada hacia los últimos.

El capítulo 2 (“La situación de la fe: el nihilismo como descripción del presente”) se centra en el nihilismo, visto en relación con la fe. Amengual señala que el nihilismo es la tendencia contemporánea de pensamiento que está triunfando, y que “de algún modo, la fe y el nihilismo representan posiciones antagónicas y disyuntivas como dos galaxias separadas y contrapuestas –la una, la del sentido; la otra, la del no sentido–” (p. 42). Enumera y explica algunos perfiles de la fisonomía de nuestro tiempo: la fragmentación vital, el narcisismo y la uniformización (dice que la expresión “pensamiento único” le parece “demasiado optimista o contradictoria, porque supone que hay pensamiento, cuando en realidad no lo hay”, p. 47). Posteriormente afirma que “de todos estos rasgos, ciertamente bien vivos hoy, no da cuenta la secularización” (p. 48), puesto que van más allá de lo religioso, afectando a toda la existencia humana. Por eso “quien da razón del presente no es la secularización, sino el nihilismo” (p. 48). El resto del capítulo lo dedica a desgranar el nihilismo: es un hecho histórico, supone una pérdida de valores, se anuncia la muerte de Dios, el ambiente es descreído e indiferente, se refuerza el narcisismo, hay un retorno de lo religioso y, por último, “el nihilismo no es solamente una dificultad, ni solo un reto, sino una oportunidad para la fe” (p. 76), puesto que nos lleva a la cuestión del sentido, tiene un efecto catártico para lo religioso y para la experiencia religiosa de los creyentes.

Del diagnóstico cultural precedente, Amengual pasa en el capítulo 3 (“La fe cristiana en tiempos de nihilismo”) a la consideración más concreta de la fe cristiana en este contexto actual. Partiendo de un acento fundamental: la fe se vive hoy en búsqueda. “Hoy no está en duda la relevancia, sino la existencia, la identidad, el contenido y, sobre todo, el sujeto de la fe” (p. 82); hay una ausencia de Dios. Plantea que nuestra situación de increencia es como la noche oscura, que hace pasar a la fe por una situación de prueba, pero “se trata de una noche, de una ausencia que esconde una presencia misteriosa” (p. 85). De esta búsqueda de Dios entresaca algunos elementos, y en la segunda parte del capítulo el autor mira a las repercusiones que todo esto tiene en el exterior de la persona, porque “buscar a Dios significa, también, tomar conciencia de su ausencia y hacerse cargo de su ocultamiento en el mundo y cargar con ese ocultamiento: el mal y el dolor que encubren y ocultan la Presencia” (p. 107). En el mundo de hoy, globalizado y neoliberal, aparentemente irredento, los cristianos hemos de dar testimonio de la presencia de Dios en medio de esa ausencia, de dos maneras: la fraternidad universal y el anuncio de Jesucristo.

El capítulo 4 (“El estatuto de la fe: la fe como confianza”) se fija, por lo tanto, más en el acto personal de fe que en su contenido. En un primer apartado Amengual señala el fenómeno de disolución del contenido de la fe en el pueblo creyente, que aunque es negativo, puede verse como “una oportunidad para concentrarnos en lo esencial: la relación personal con Dios, con Jesucristo, la experiencia religiosa, en definitiva” (p. 124). En el segundo apartado se acerca al estatuto epistemológico de la fe: es una creencia sin pruebas, se mueve en el ámbito de la convicción y no de la certeza, se basa en la confianza en el mismo Dios, y su única prueba es el testimonio. El tercer apartado del capítulo está dedicado al carácter subjetivo de la fe, que es vivencia, y no saber, porque es relación con un Dios que se autocomunica; es, en expresión de Kierkegaard, “la apropiación de la verdad”. Dedicó la cuarta parte al “tono de la fe”, que es la alegría con la que ha de vivir el cristiano, y escribe expresamente: “me permito hacer un alegato a favor de una fe gozosa en lugar de una fe moralista y moralizante que, tengo la impresión, estamos aún irradiando como Iglesia” (p. 143). Y echa mano de la imagen nietzscheana del camello, el león y el niño para reivindicar, como Jesús hizo en el sermón de la montaña, una fe espontánea y confiada, como es la actitud del niño, que imita al Padre.

Y de la fe al testimonio, al que dedica el capítulo 5 (“Notas para una teoría y una pedagogía del testimonio”). El primer apartado pretende justificar la realidad del testimonio como medio de transmitir la fe cristiana, y así se fija en la naturaleza teológica de la revelación. El segundo apartado continúa repasando la manera de transmitir el Evangelio, que tiene que ser “por la vida, mediante la propia existencia, en la cual se ha hecho vida aquello que se quiere transmitir” (p. 162). Ya que el testimonio consiste en una transmisión existencial, Amengual se pregunta cómo pueden constituirse en testimonio hechos de vida históricos y concretos, normales, y propone “no partir del presunto origen, sino del ahora experimentable en la Iglesia, y desde este ahora preguntarnos por sus momentos constitutivos” (p. 168). Para responder a esto, considera el concepto de *traditio* en el Nuevo Testamento (que trae consigo que el testigo sea transformado por aquello de lo que da testimonio). Y señala, como respuesta, que los hechos concretos adquieren valor absoluto o de testimonio cuando el testigo se entrega y cuando el contenido del testimonio tiene certeza propia. El tercer apartado del capítulo está dedicado a la persona del testigo, de la que el autor detalla los rasgos más importantes. En la conclusión el autor defiende centrar la cuestión en la persona, en el sujeto evangelizador en medio de las estructuras, “poner la prioridad en el trabajo de presencia y diálogo en el mundo plural de las opiniones y de la cultura” (p. 181).

El capítulo 6 (“La filosofía de la religión en España. ¿Un nuevo resurgir?”) constituye un repaso a la situación actual y la historia

reciente de esta disciplina en nuestro país, desde 1970 hasta hoy, en sus líneas principales. Comienza diagnosticando “una fuerte recuperación” (p. 186), y la hace concreta en dos líneas actuales (aunque la reflexión se queda en la producción de estas líneas a mediados de los 90, que es cuando Amengual elaboró este trabajo). Por un lado, el estudio que varios filósofos significativos y no confesionales han hecho sobre la religión: Eugenio Trías y Félix Duque, que destacan por significar “una nueva y positiva consideración de la religión de talante laico, casi el surgimiento en España de una Filosofía de la Religión puramente filosófica o laica” en la que “late un anhelo de pensar la religión, o incluso una pequeña acusación de que la teología ya no piensa” (p. 191). Por otro lado, el autor aborda el estudio sistemático hecho en el grupo del CSIC dedicado a este tema: José María Mardones, Reyes Mate, Enrique Romerales, Manuel Fraijó, Juan Antonio Estrada, Andrés Torres Queiruga y el propio Amengual.

El capítulo continúa contrastando esta situación contemporánea con los estudios de los años 70, que analiza en sus tres líneas principales: “los grandes temas de aquel momento eran el ateísmo, la crítica de la religión y la sociología de la religión. Quizá uno de los motivos era la procedencia de una sociedad con agudizada conciencia de ser religiosamente monolítica y cerrada” (p. 198). Pero no todo es contraste, pues “hay otras dedicaciones al estudio de la religión que siguen su curso y provienen de muy atrás, que son básicas y marcan la continuidad” (p. 203), y que el autor repasa en sus líneas principales: la filosofía analítica, la crítica marxista y la sociología de la religión. Además, estudia con más detalle a los “dos maestros” (p. 210) José Gómez Caffarena y Juan Martín Velasco, y alude a los estudios de otros muchos autores, comentando sus perspectivas y las líneas en las que se sitúan, además de instituciones como la Fundación Joan Maragall y el Instituto Fe y Secularidad. Termina afirmando que la religión “es tomada en consideración no solo por las funciones sociales que ha ejercido y ejerce o se quisiera que ejerciera, sino más bien por ella misma, su contenido teológico, su universo simbólico, su carga semántica y dadora de sentido” (p. 222).

Gabriel Amengual nos presenta en la obra, por una parte, un buen diagnóstico de la sociedad y la cultura actual, válido para España y en general para nuestra situación europea. Y, por otra parte, no se queda en el mero análisis fenomenológico y en la valoración filosófica, sino que profundiza en la identidad de la fe cristiana y en cómo ha de responder a los múltiples desafíos de la actualidad. No se limita a decir tópicos, sino que señala acertadamente las principales características de nuestra cultura. Con voz profética, apunta a elementos que deben discernirse a partir del Evangelio para saber cómo proponer éste como algo válido para el hombre de hoy. Sin embargo, no lo hace de forma condenatoria, sino asumiendo cada problema, aunque sea negativo, como un desafío a la fe cristiana, en

la línea de lectura teológica de los “signos de los tiempos”. Son necesarios hoy más intelectuales cristianos así, que sean lúcidos ante la cultura y el pensamiento contemporáneos, presentando el contenido del mensaje que ofrece la Iglesia como lo mejor para el hombre.

El autor ha construido su discurso, por lo general, sobre una antropología abierta a la trascendencia del hombre, y que permite el diálogo con el mundo de la increencia. Partiendo de la experiencia humana ha hablado de la fe y de la experiencia religiosa. También ha contado, pensando en los creyentes como emisores del mensaje, con un rico trasfondo bíblico y teológico. Basta con observar el aparato crítico de la obra para darse cuenta de la buena fundamentación teórica que ha empleado. Otro de los aciertos de Amengual a lo largo de todo el libro es saber conjugar una fidelidad a la teología como algo necesario con la urgencia de la praxis. Horizontalidad y verticalidad son colocadas cada una en su lugar, logrando ese difícil equilibrio que hace creíble a la fe cristiana. No cae en el recurso fácil a un testimonio cristiano que prescinda del mensaje, ni a una evangelización que se quede en lo teórico sin obligar al creyente a mancharse las manos en la realidad que vive (a este respecto, es muy acertado el hincapié que hace en los últimos, en los pobres, en cuyo favor debe contrastarse la fe cristiana). Para no alargar más este comentario, señalo otros logros de la obra: la consideración del emisor y receptor, la centralidad de la experiencia de Dios, y la dimensión comunitaria de la fe cristiana. Muy recomendable.

Luis Santamaría del Río